

Iglesia como chivo expiatorio

Ángel J. Barahona

Doctor en Filosofía.

«Hace poco tiempo se ha dicho autorizadamente —y ha encontrado mucho consenso— que la historia es siempre justificadora, nunca justiciera. Pero parece que para la Iglesia —quién sabe por qué— el principio no deba valer».

La religión, ¿culpable de los ataques del 11 de septiembre?

«La fe fomenta la violencia», afirman una serie de intelectuales de renombre, recogidos por la agencia Zenit, (17-11-2001) que, a fuer de ser científicos, tienen cancha en los medios de comunicación. Pero sus afirmaciones transgreden las normas de su buen hacer científico. Se supone que si un filósofo se dedica a opinar sobre química o biología, con toda razón, estos señores de la ciencia le dirían amablemente: está usted invadiendo competencias que nos son suyas, por favor, retírese, déjenos a nosotros que...

En el periódico *The Guardian* del 15 de septiembre, Richard Dawkins, profesor de ciencias en la Universidad de Oxford, y autor de libros como *El gen egoísta*, considera el suicidio de los terroristas como un gesto de gente con poco cerebro y acusa a la religión de ser un sistema de control mental: «La elevada testosterona de los jóvenes demasiado poco atractivos para conseguir una mujer en este mundo podría desesperarlos lo bastante como para ir a buscar 72 vírgenes en el siguiente», escribió al respecto.

Aparte de la excesiva trivialización y menosprecio del Islam, lo que demuestran estos críticos es la prepotencia con la que juzgan, y desprestigian todo lo que no sean sus propias ideas y que ellos están autorizados a decir tonterías sin que nadie se atreva a ponerlas en entredicho.

Dawkins piensa que la religión devalúa el significado de la vida porque «enseña el peligroso sinsentido de que la muerte no es el final».

En el diario *El País* del 27 de septiembre, el teólogo laico E. Miret Magdalena defendía que violencia y religión suelen ir juntas. Desde los relatos del Antiguo Testamento hasta los recientes conflictos en Yugoslavia, Magdalena considera que la historia está llena de ejemplos de violencia llevados a cabo en el nombre de Dios.

En el mismo periódico Eduardo Haro Tecglen, el 30 de octubre, afirmaba que los «grandes asesinos» del mundo han inventado dioses para justificar sus crímenes, sus guerras y su acumulación de riquezas. Pedía el final de los dioses que habían causado dos mil años de derramamiento de sangre.

Para Paul Handley, profesor de filosofía de la Universidad de Cambridge, las principales religiones fomentan una forma de ver el mundo en la que los otros son malos y deben ser exterminados. En *The Independent* del 30 de septiembre, Handley opinaba que la religión es «la expresión simbólica y mítica de nuestra identidad tribal, y nuestro derecho de odiar a aquellos que son de otra tribu».

Su ingeniosa solución es alucinante: «conseguir que la gente se sintiera culpable al usar ciertas palabras comunes: palabras como fe y ortodoxia, o Dios, Alá y Yahvé».

¿La religión es un «monstruo»?

En el *Scottish Sunday Herald* del 7 de octubre, Muriel Gray escribía sobre «el feo monstruo de muchas cabezas, la religión». Al comentar los planes del gobierno inglés para prohibir los odios religiosos, preguntaba: «¿Sería usted capaz de defender la opinión de que el catolicismo es culpable de una deliberada ingeniería social en el Tercer Mundo, que amarga la vida de las mujeres con puntos de vista sobre la

sexualidad y la contracepción propios de la Edad Oscura?»

Gray continuaba: «Odio de la manera más cierta y real a la religión, y uso la palabra odiar deliberadamente... la vana e infantil creencia en una vida futura disminuye la responsabilidad y el control en ésta». Y se queda satisfecho de su aportación a la sabiduría, sin más. ¿Para qué entrar a valorar las razones o los pros y los contras, o poner en la balanza el sobre peso de lo positivo frente a lo que él considera lo negativo?

En el *Observer* del 7 de octubre, Nick Cohen designa el Corán como «una enciclopedia de instrucciones de lucha y de asesinato de no creyentes, de cómo provocar el terror en sus corazones, aplastar sus cuellos y cortar las yemas de sus dedos». Y a los «árabes seculares», que se encuentran en medio del conflicto judío-musulmán en Oriente Medio, Cohen los compara al destino de los «polacos, atrapados entre Hitler y Stalin».

Pero, poco a poco, la cronológica exposición que Zenit va aportando, con una gran y objetiva profesionalidad, ha ido dejando entrever como se mete en un mismo saco todo lo religioso, sea del signo que sea, y, cómo, al final, siempre se da la última patada ritual al cristianismo.

En la edición del 11 de octubre del *Age Newspaper* de Melbourne, Australia, Peter Singer, profesor de bioética en la Universidad de Princeton, defendía que el verdadero enemigo tras los ataques terroristas es el fundamentalismo religioso.

El presidente George W. Bush debería «ocuparse, con un esfuerzo continuado, en educar a la gente de todo el mundo en las razones por las que supuestamente trataríamos los textos sagrados religiosos como creaciones humanas, no menos falibles que otras creaciones humanas», proponía Singer. Pero continuaba diciendo que Bush no sería capaz de luchar contra el extremismo religioso porque lee

con frecuencia la Biblia y afirma que su fe le ayuda.

El profesor de Princeton recomienda invertir más en educación porque «resulta posible esperar que una nación altamente educada proporcionará un suelo menos fértil para las creencias religiosas».

En la edición del 15 de octubre de *The Guardian*, el periodista Polly Toynbee meditaba sobre lo bien que iría el mundo con una religión debilitada. «La única religión buena es la religión moribunda: las creencias son tolerantes y pacíficas cuando son débiles» afirmaba Toynbee.

En el *Sydney Morning Herald* del 30 de octubre, el corresponsal de religión, Chris McGillion, tuvo ocasión de atacar a la Iglesia católica. McGillion afirmaba que el fundamentalismo religioso de Osama Ben Laden es, «fundamentalmente, una fijación mental», y no es exclusiva del Islam.

McGillion continuaba informando sobre los comentarios de John D'Arcy May, un profesor de ecumenismo y pluralismo religioso en el Trinity College de Dublín, quien recientemente había hablado en Sydney. Según May, el fundamentalismo está también presente en «las tendencias centralistas de la propia Iglesia católica». McGillion concluía: «Es fácil identificar a los fundamentalistas de otras religiones. Pero más que nunca es necesario identificarlos en la propia».

Esta larga lista de la *intelligenstia* internacional abrumadora es contrarrestada por unos cuantos esforzados moralistas que defienden tímidamente cierto papel bondadoso para las religiones, o que diferencian el cristianismo —pacífico en su esencia— de las otras creencias ancestrales, o que quieren rescatar la pureza de lo religioso vaciándolo de sus formas y contenidos violentos, o que dejan traslucir, tras el velo de los complejos de los creyentes, que de lo religioso ellos sólo se quedan con lo ético. En fin, busquen ingenuos argumentos de teólo-

gos o clérigos en contra de los pesos pesados del agnosticismo y no encontrarán ustedes más que buenas intenciones morales, propósitos de futuro, u obreros de la limpieza de la historia que quieren sopesar u ocultar la sangre que las religiones, ciertamente, han hecho correr por toda la faz de la tierra.

Es cierto, todos tienen razón, pero no saben por qué: La violencia y lo religioso son una y la misma cosa. ¿O, deberíamos decir que el hombre y la violencia son una y la misma cosa?

Ya desde Durkheim sabemos que lo religioso es una forma elemental de la vida social, que la estructura, sostiene y fomenta; Balandier, Cazeneuve, Ries, Maldonado, por citar sólo a unos cuantos, nos renuevan esa perspectiva. Pero hay que ir más allá.

Hasta ahora, los científicos, e incluso a aquellos que a la ligera lanzan un ataque pretendidamente fundamentado sobre la religión con el aval de ser expertos en astronomía (Hawking), o en biología (Dawkins), o en arqueología (Arsuaga), o en literatura (Ferlissio), o en diplomacia (Ojea), o en contar cuentos (Sánchez Dragó), deberían poner entre paréntesis sus opiniones en estas materias, y digo bien «sus opiniones». Siguen anclados en la visión de las religiones que fraguó en el mundo occidental el comparatismo etnológico del siglo XIX. Y no digamos de la visión que de la religión dejaron los filósofos de la sospecha, (nada científica, por otra parte). Además de, en nuestro caso particular, la que nuestros sabios españoles nos infundieron, fraguada sobre su pretendido conocimiento de la religión, por sus roces, o malas experiencias con el catolicismo franquista, o por un paso por la universidad cuyos signos de identidad se cuajaron contra la corriente dominante en aquel entonces.

Pero hay que ponerse al día. Vayamos más allá: no sólo es red básica del entramado social, sino que su fundamento es la sangre. Las sociedades se

fundan mitológicamente sobre la sangre de alguna víctima, de algún sacrificio, y éste siempre está oficiado por un sacerdote.

¡Sí, señores, tienen razón: la religión es la violencia! No es ni el germen, ni el incentivo, ni la justificación, ni el caldo de cultivo, ni el edificio ideológico, ni la madre de todas las violencias: es la violencia misma.

Cuando el libro de cabecera (*La rama dorada* de Frazer) de todos los entendidos *sospechadores* de que lo que escondía la aparentemente inocua, neutral y pacífica religión era precisamente el olor a la sangre de los millones de víctimas que en la historia han sido, estaba de moda... a todos se les iluminaba el rostro pensando: por fin tenemos la prueba de que el cristianismo no puede ser nuestra única esperanza, que no es más que una religión entre otras, un mito más entre otros miles de mitos... y no precisamente el mejor contado. Todo es lo mismo: superstición, mentiras, proyecciones, ilusiones, alucinógenos, que han sumido a la humanidad en una edad oscura sempiterna. El hombre es víctima de su propia imaginación delirante, inventa fantasmas, y, además, es tan idiota, el hombre arcaico, que fundamenta sus efímeras esperanzas sobre ríos de su propia sangre. Nosotros, los de la era científica y descreída, ya no nos hacemos imágenes, claro. Incluso podríamos decir más: se podría atribuir a la supervivencia de cierto espíritu religioso pervertido —el fanatismo de la fe— los millones de cadáveres traídos a cuento por los *sueños de la razón* comunista, fascista, nazi y capitalista, y, por qué no, científicista. ¿O estos dirán que sólo un mal uso de la ciencia trajo esos *monstruos goyescos* de Hiroshima, LSD, o la lluvia ácida cancerígena...?

Dejémonos de ironías: lo religioso es la fórmula social por excelencia que los hombres han encontrado para controlar la violencia que reside en su

propia naturaleza, que son ellos mismos. El sacrificio de una víctima traía una suerte de paz o de orden que permitía la continuidad de la sociedad.

Lo religioso ha tenido a lo largo de la historia una función terapéutica: constituía un intento espontáneo, hallado fortuitamente por los hombres, para expulsar la violencia fuera de la sociedad. Una unanimidad mimética colectiva que descargaba sobre las víctimas las reciprocidades conflictivas. Se buscaba la doble función: por una parte, restaurar el orden social perdido por las desavenencias y las rivalidades derivadas de la convivencia cotidiana, y, por otra, mediante la sacralización o divinización de las víctimas, la repetición ritual de los acontecimientos que habían traído la paz.

Así funcionan todas las religiones y así intentan los mitos narrar lo que pasa, el cómo y el cuándo se funda una sociedad, un nuevo orden social. Pero, he aquí que el cristianismo pone en evidencia la imbecilidad de todos los ídolos ensangrentados y se constituye en revelador de lo que estaba oculto desde la fundación del mundo: ¡Basta ya de muertes, de cadáveres, de víctimas estúpidas, arbitrarias, de lapidaciones, de fosas comunes, de justificación de la violencia! Todo el entramado social está basado en la mentira de que la violencia, la nuestra, es legítima, necesaria, y terapéutica, y su sacralización es un método para perpetuar esta mentira. Venganza legítima, justificación de la reciprocidad con el «Dios está de nuestro lado», son fórmulas estereotipadas que intentan justificar el ojo por ojo. Pero sólo son una cortina de humo, el que rezuman los cadáveres recién muertos, para sustentar un orden social amenazado desde dentro de las sociedades que avalan la guerra justa contra otros, los de fuera. Mientras que la verdad es que todas las sociedades se

basan en la ocultación de una verdad muy antigua, tan antigua como el hombre, escondida tras el ritual y los mitos, y que es la inocencia de todas las víctimas.

Es cierto que también el cristianismo histórico cayó preso de esa creencia, pero también es verdad que gran parte de él se mantuvo al margen, e incluso sufrió la operatividad del sistema que mantenía el orden con la justificación de la necesidad de víctimas. El cristianismo es revelación porque sabe que todos los mitos son narraciones que cuentan los vencedores, que consideran a las víctimas culpables, sobre la pertinencia de su violencia. El cristianismo cuenta la historia desde el punto de vista de los perseguidos, de la víctima, y por eso presenta como corolario el Apocalipsis (*apokaleo* = revelar): deja explícita la inutilidad de la violencia colectiva, la crueldad y la ceguera de los verdugos, y la ineficacia del asesinato.

Sí, hay religiones anquilosadas en el sacrificio, en lo sagrado. Hay algo de eso en el Islam: cree en la lapidación, en el suicidio, en un Dionisos muy particular, cree en sus propios mitos. El cristianismo traduce los mitos a historia, explica los mitos, vacía de contenido racional la violencia, luego no es una más entre otras. Es la clave hermenéutica, inaugura la vía de la resolución de los conflictos, interpretándolos y proponiendo una praxis inédita y original: pone en práctica el amor al enemigo. Su singularidad es histórica, planetaria, e incluso confía absolutamente en el hombre, al dejar en las manos de cada uno la decisión última sobre la respuesta que ha de darse a la violencia de los otros. No es la religión de los borregos, ignorante, de masas, de resentidos, como la veía Nietzsche, sino la personalización y liberación de los contagios miméticos. La religión de auténticos superhom-

bres que van *contra corriente*, que van contra todo lo que huele a contaminación mimética (asesinatos, linchamientos, lapidaciones, ideologías, mitos colectivos), de los que se quedan cuando todos huyen, de los que mueren para que los demás vivan (ahí están los miles de ejemplos históricos de misioneros que hicieron calladamente su labor de amar; su martirio sí es martirio, porque su muerte no fue ni un asesinato, ni un suicidio, sino una forma de predicación del amor: en Argelia, Burundi, Timor, Pakistán, y un largo etc.). Es la afirmación del valor absoluto de la vida humana, de la vida de cada hombre.

Hay más fanatismo y más dogmatismo hoy en día en las afirmaciones de la ciencia que en la interpretación y perspectiva cristiana de los acontecimientos históricos. Hay más dogmatismo y fanatismo en la política que en la visión social del evangelio. Y no hace falta citar a Feyerabend o a Virilio, basta con leer los periódicos y leer lo que opinan los científicos, *los nuevos sacerdotes* de bata blanca, que pontifican sobre el bien y el mal, la vida y la muerte, sin haber salido de su laboratorio-burbuja. Bien dicho, sacerdotes, pero de los de la antigua acepción: los que sacrifican la verdad en aras de los intereses del Señor del momento, sea el Faraón, el Inca, del dinero o el presidente de turno.

Evidentemente, la misión de la Iglesia es ser chivo expiatorio de la humanidad, la nueva víctima sacrificial que la sociedad necesita para descargar sobre otro la frustración y el insoportable dolor de la falta de esperanza. En el siglo venidero sustituirá al antisemitismo del siglo precedente. Vendrán persecuciones peores que las de Diocleciano, porque habrá quienes no puedan soportar que se les pongan en evidencia las mentiras sobre las que basan sus pretendidas verdades.